

lo que habia podido aprender en otras partes, añadiendo, si se quiere, algunos nombres ó circunstancias no usadas anteriormente. La opinion, pues, que creemos mas cierta, ó al menos mas verosímil, es la que busca el origen de la sociedad masónica en las asociaciones secretas de la edad media. Es indudable que en el período de tiempo que trascurió desde los principios del maniqueísmo hasta los del protestantismo, se formaron sociedades secretas bajo diferentes nombres, las que probablemente dieron margen para instituir la francmasonería. La mayor parte de los sábios están ya de acuerdo en este punto, y en su confirmacion basta recordar la confesion de Condorcet, que dice (1) que las sociedades formadas en los siglos de la ignorancia estaban destinadas á perpetuar secretamente y sin peligro, entre un pequeño número de adeptos, un corto número de verdades simples, como preservativos seguros contra las preocupaciones dominantes.

En efecto, bajo el velo del secreto, saliendo algunas colonias de maniqueos del oriente, vinieron á depositar en Europa las primeras semillas de la doble rebelion religiosa y política que se desarrollaron despues. El gran Bossuet al describir estas asociaciones de maniqueos, dice (2): „que su secta es la que por mas tiempo y mas peligrosamente ha infestado el cristianismo, porque sin romper abiertamente como las demás, se ha ocultado cuanto le ha sido posible en la Iglesia misma. Desde Marcion

(1) *Esquiss. sur les progres. de l'esprit humain.*

(2) *Hist. de las variac. lib. 9.*

y Manés, continúa el obispo de Meaux, esta secta detestable ha tenido siempre secuaces funestos. Los restos del maniqueísmo, muy bien conservados en oriente, se derramaron despues sobre la Iglesia latina: una centella enciende un grande fuego, y el incendio se estiende quasi por toda la tierra." El maniqueísmo, pues, trasladado de oriente á occidente, fue la cuna del masonismo, que hácia el año 1724 fue introducido en Francia por Lord Derwenwater, el caballero Maskelyne, Mr. d' Heggnetty y algunos ingleses de distincion, los cuales establecieron una lógia en casa de un fondista llamado Huré, calle del Matadero, en París. Esta lógia, que obtuvo desde luego una grande reputacion, atrajo quinientos ó seiscientos hermanos á la masonería en el espacio de diez años (1), y trabajaba bajo los auspicios de la grande lógia de Londres; pero no tardaron en multiplicarse mucho mas en Francia. En 1742 se contaban ya veintidos lógias en París, y mas de doscientas en el reino (2), y al año siguiente se puede referir la existencia legal de la lógia madre, llamada grande lógia inglesa de Francia, título que conservó hasta el 1756, en cuya época se declaró independiente (3). En fin, en 1772 se formó otra gran lógia nueva nacional, que tomó el nombre de grande oriente de Francia (4). Al mismo tiempo que en Francia se estableció y difundió en otras varias naciones de

(1) *Hist. de la fond. du grand orient de France, pág. 10.*

(2) *La-Lande mem. hist. sur la francmason.*

(3) *Cronolog. de l'hist. de la francmason. française et étrangere, tom. 1, p. 53.* (4) *Ibid. p. 102 et hist. de la fond. du grand orient, p. 33.*

Europa, como consta por los decretos de los diferentes gobiernos que la proscribieron, de que hablaremos despues.

58. La constitucion interior de la secta, ó sean sus misterios, ritos y ceremonias, eran poco conocidas en la época de que hablamos; pero posteriormente se han publicado en todas partes, ya por los catecismos y demás libros que dió á luz la misma sociedad, ya por las deposiciones de muchos de sus adeptos, ya tambien por las obras de diferentes escritores católicos que trataron detenidamente sobre esta materia. Consta, pues, de todos estos documentos, que la secta se componia á mitad del siglo diez y ocho de los diferentes grados de aprendices, compañeros, maestros, elegidos y escoceses: que se dividian en tres clases, rosecroix y kadosch, á los que se añadieron posteriormente otros, como los de la estrella, del sol, de los druidas. Cada uno de estos grados tiene su iniciacion diferente que corresponde á la parte de doctrina que se comunica en él á los iniciados. En los dos primeros, de aprendiz y de compañero, se empieza enseñando al iniciado el primer secreto de la masonería, que el gefe ó venerable le esplica con las siguientes palabras: *igualdad y libertad: todos los hombres son iguales y libres: todos los hombres son hermanos*. En estos primeros grados se exige ya el mas inviolable secreto por medio de un terrible juramento: en el grado de maestro se refiere la historia alegórica de Adoniram, á quien suponen muerto en tiempo de Salomon como mártir del secreto masónico, y se anuncia al iniciado que es preciso vengar su muerte y volver á hallar la

palabra perdida en aquel supuesto acontecimiento. La mayor parte de los masones no pasaba de este grado, el cual era suficiente para darles entrada en todas las lógias, ser admitidos al convite y participar de todas las ventajas de la asociacion; y aquí paraban cuando no se buscaba otra cosa sino una diversion, una ocasion de reunirse ó de contraer conocimientos. Mas si los adeptos mostraban disposiciones de pasar adelante, se les admitia al grado de elegidos, el cual tiene dos partes, en la primera se trata de vengar á Adoniram, y en la segunda de volver á hallar la palabra ó doctrina perdida. El aparato de la primera es terrible y respira venganza; preséntanse los hermanos vestidos de negro con la divisa de vencer ó morir: el aspirante, con los ojos vendados y con un puñal en la mano, debe penetrar en una caverna y herir á golpes un fantasma que se le dice ser el asesino de Adoniram, cuya cabeza sangrienta es necesario que presente á la sociedad. Siguiese á esta ceremonia feróz otra en que el postulante, revestido como todos los hermanos, de los ornamentos del sacerdocio, ofrece pan y vino, para enseñarle que todos los hombres son igualmente sacerdotes y deben profesar la religion natural. La segunda parte del grado de elegido, constituye los tres grados escoceses. Preséntase el postulante como un esclavo con la soga al cuello, pidiendo que le rompan sus lazos; pero no se le dá libertad sino despues de haber sufrido muchísimas cuestiones, y prometido con los juramentos mas terribles que jamás hará traicion á los secretos de la órden. Se le eleva entonces á la dignidad de gran sacerdote, bendiciéndole en nombre

del *inmortal é invisible Jehovah*; y se le dice que este nombre es la palabra perdida desde Adomiram, y que la ciencia masónica es la de Salomon, renovada por los caballeros del Temple. Todo esto llena lo que llaman los tres grados de la caballería escocesa, á la que sigue el de rosecroix.

El aparato de la recepcion á este grado es relativo en todas sus partes al *adorable* autor del cristianismo. La decoracion no parece hecha sino para recordar la tristeza del dia en que Jesucristo fue inmolado. Véase allí una especie de calvario, con las tres cruces y la inscripcion ordinaria de los crucifijos: los hermanos se postran en tierra guardando un profundo silencio y en actitud de dolor: pregunta entonces el presidente: *¿qué hora es?* y se le responde: *la primer hora del dia, el instante en que el velo del templo se rasgó, en que las tinieblas y la consternacion se esparcieron sobre la faz de la tierra, en que se oscureció la luz, en que se perdieron los instrumentos de la masonería, en que la estrella flamigera desapareció, en que se hizo pedazos la piedra cúbica y se perdió la palabra.* Esta palabra que en los grados escoceses era la de Jehovah, se convierte en el de rosecroix, en la que forman las iniciales de la inscripcion de la santa cruz, las que el postulante aprende á interpretar de esta manera: *Judio de Nazareth, conducido por Rafael á Judea.* Desde que las respuestas del iniciado prueban que conocia ya el sentido masónico de la inscripcion, aclama el presidente: *hermanos mios hallóse la palabra;* y todos aplauden este rasgo de luz, por el que se les anuncia que aquel cuya muerte es el

fundamento de nuestra divina religion, no fue mas que un judio ordinario castigado por sus delitos. Pero debemos confesar que esta esplicacion impía no se daba á todos los rosecroix, pues para aquellos que aun tenian fe, la palabra perdida era la renovacion de la Iglesia y la igualdad de los primeros cristianos.

Hasta aquí vemos á la impiedad ocultándose bajo términos oscuros y entre ceremonias fantásticas; en el grado de Kadosch, ó sea del hombre regenerado, se descubre el velo. El iniciado, despues de pruebas terribles destinadas á fatigar su cuerpo y á exaltar su imaginacion, debe aun hacer el papel de asesino. Pero no es ya Adomiram á quien ha de vengar; es Moley, el gran maestre de los templarios, y la víctima destinada es Felipe el Hermoso, á cuyas instancias fue estinguida aquella orden. Luego que el adepto sale del antro llevando la cabeza de aquel monarca y gritando que él le ha muerto, es admitido al juramento, que presta con la fórmula mas horrenda, durante el cual uno de los caballeros Kadosch, le pone una pistola al pecho en ademan de matarle si rehusa jurar. Se le enseña despues, que hasta entonces no se ha manifestado la verdad sino á medias; que la igualdad y libertad consisten en no reconocer superior alguno en la tierra; en no mirar á los Reyes y Pontífices sino como hombres iguales á los demás, que no tienen otros derechos que los que el pueblo ha querido darles, y que les puede quitar cuando quiera; que ya mucho tiempo que los Príncipes y sacerdotes abusan de la bondad del pueblo; que el mayor deber de un mason es procurar por todos los medios libertar la tierra de

este doble azote, destruyendo los altares que la credulidad y la superstición han elevado, y los tronos en que no se ven sino tiranos que reinan sobre esclavos." De esta suerte los símbolos y alegorías que en los primeros grados no presentan mas que juegos de niños é ideas frívolas, vienen á ser en los últimos los gritos de la impiedad y de la revolución; y lo que parecia no deber traer consigo sino reuniones pacíficas y agradables, y convites alegres y tranquilos, conduce insensiblemente á la irrisión de nuestros sagrados misterios y á las maquinaciones contra todo orden social.

En cuanto á la doctrina religiosa de la secta, segun el respetable autor de quien hemos tomado casi todos estos pormenores (1), se distingue conforme á las tres diferentes clases en que se divide la masonería. El sistema de la primera clase llamada hermética, es el panteísmo ó el riguroso spinosismo: el de la segunda ó cabalística, es el maniqueísmo, en el cual adoran á Oromase y Arimane, ó al dios bueno y al dios malo, y bajo cada uno de ellos diferentes genios del bien y del mal: la última clase, ó la ecléctica, se compone de aquellos masones que, sin adherirse á ninguno de los dos sistemas precedentes, profesan en general el deísmo, el ateísmo ó el escepticismo, y no se unen á los otros sino en su odio comun contra la religion cristiana y contra toda autoridad. Finalmente, todas las clases, como tambien todos los grados de ellas, convienen entre sí en

(1) *Barruel memor. para servir á la historia del jacob. tom. 2. cap. 10 y sig.*

observar un inviolable silencio sobre todo lo que puede pertenecer á la secta: de aquí nace el reunirse siempre en secreto, el alejar de sus lógiás á todos los profanos, es decir, á los que no están iniciados en sus misterios, y el usar de emblemas y juramentos en todas sus ceremonias; y esta es la razon por qué una sociedad que al exterior no parecia tener otro objeto que el de la amistad y beneficencia, se hizo sospechosa y se atrajo la indignacion de todos los gobiernos, aun antes de ser enteramente conocida.

59. Efectivamente tantos secretos y juramentos llamaron la atencion, no solo de la potestad eclesiástica que temió desde luego alguna nueva trama contra la religion, sino tambien de la potestad temporal atenta á prevenir cualquiera turbacion del orden civil. Así es que en poco tiempo circularon en Europa innumerables edictos contra los liberi-muratori ó francmasones. La primera de las potencias que los proscribió fue la Francia, cuyo decreto lleva la data de 1727. Siguió la Holanda, que en el mismo año, y mas rigurosamente aun en 1735, manifestó de un modo singular su indignacion contra los pretendidos descendientes de los templarios. Lo mismo hicieron Flandes y Suecia en 1738, Polonia en 1739, España y Portugal en 1740, el gobierno de Malta en 1741, la Reina de Hungría en 1743 y el consejo de Berna entre los suizos en 1748. Merece especial mencion el modo con que fueron descubiertos los francmasones en este último año en Viena. El nuncio apostólico Mr. Paolucci, tuvo noticia de que se reunia en cierto lugar de la ciudad una compañía numerosa de

ellos, y dió parte á la Reina María Teresa. Inmediatamente envió su Magestad un oficial con un destacamento de coraceros para que los sorprendiesen durante la reunion. Luego que penetraron los soldados en el sitio, les salió al encuentro un vigía reprendiéndoles por haber allanado las puertas, y al oír la orden de la Reina que mandaba arrestar á todos los que se hallaban allí reunidos, corrió á avisar al dueño de la casa, quien con mucha gravedad, dijo á los asociados: „hermanos míos, hagamos ver á nuestra augusta Soberana que no tiene súbditos mas obedientes que nosotros. Sería cosa vergonzosa que nuestras leyes y estatutos estuviesen solamente depositados en nuestros archivos, y no impresos en nuestros corazones.” Entregáronle entonces los hermanos sus espadas, y el presidente rogó al oficial que asegurase á su Magestad, que con la misma obediencia y prontitud con que habian depuesto las armas, las habrian empuñado para emplearlas en su real servicio hasta derramar la última gota de sangre. De los diez y ocho que componian aquella reunion, algunos pertenecian á la primera clase del estado, y como á tales se les permitió retirarse á sus casas bajo palabra de honor; los demás fueron encerrados en las cárceles públicas. En el lugar de su asamblea se encontró un martillo, un compás, una escuadra, un plomo, algunos instrumentos de matemáticas, tres candeleros con sus velas encendidas y algunas botellas y vasos de vino. Los diez y ocho arrestados eran solamente una pequeña parte del gran número de los que componian aquella asociacion, segun constaba por las listas nominales que se entregaron al

gobierno, causando admiracion ver en ellas los nombres de algunos Príncipes y de otros señores eclesiásticos y seculares, juntamente con los de muchos comerciantes, jueces, militares, artífices y simples ciudadanos. Esparcida la noticia de este arresto, creyóse en todas partes que se descubriría el gran secreto de la secta, y que los presos sufrirían el merecido castigo; pero ¡cuál fue la admiracion universal cuando se supo al cabo de doce dias que se les habia dado libertad! Comparecieron repetidas veces delante del cardenal Colonitz, arzobispo de Viena, y del nuncio apostólico, los cuales estaban encargados de formarles el proceso; y protestaron que no podian en manera alguna faltar al solemne empeño que habian contraído de observar un profundo silencio sobre los misterios de su sociedad. Esta orgullosa y temeraria protesta que merecia ser castigada con el mayor rigor, sirvió al contrario para que se les concediese la libertad, y así terminó el proceso con la publicacion de un edicto que prohibia semejantes reuniones en todos los estados de la Reina María Teresa.

60. Habian pasado ya trece años desde que Clemente XII, sabedor de que la secta se habia introducido en algunas partes de Italia, espidió en 29 de Mayo de 1738 su bula *In eminenti*, proscribiéndola con las mas rigurosas censuras. No obstante este solemne decreto de la Silla apostólica, osaban algunos afirmar que las censuras fulminadas contra la sociedad de los masones no tenian vigor alguno, porque la bula de Clemente no habia sido confirmada por el actual Pontífice. Resolvió, pues, Benedicto XIV destruir tan pernicioso error; y en 18 de

Mayo de 1751 renovó la condenacion y censuras de la bula *In eminenti*, añadiendo nuevas observaciones sobre los peligros de semejantes sociedades, y prohibiendo en consecuencia á todos y á cada uno de los cristianos, bajo pena de escomunion mayor reservada al Sumo Pontífice *ipso facto incurrenda*, ascribirse, frecuentar, propagar, ocultar ó intervenir de cualquier modo en dichas sociedades.

61. Apenas se publicó en Nápoles esta bula de Benedicto XIV, cuando inflamado el celo de muchos eclesiásticos principiaron á declamar altamente contra la secta, fundados en la opinion generalmente recibida en aquel reino de que existian en la capital y en las provincias muchas lógias de franc-masones; y aunque estos procuraron ocultarse mas que nunca, sin embargo no se pudieron sustraer de las rigurosas pesquisas que hizo contra ellos el mismo pueblo. No hubo clase alguna de la sociedad en la que no creyese el pueblo designar varios individuos como marcados con la censura pontificia. Murmurábase en todas partes contra el silencio que observaba la córte sobre un negocio de tanta importancia. Roma habia hablado ya, y no obstante su oráculo no producía al parecer del pueblo ningun buen resultado. Era, pues, de temer que creciese el desórden de una parte y el escándalo de otra; por lo que el Rey, determinado á cortar el mal en su raíz, nombró cinco jueces particulares para cada una de las clases del estado, autorizando á esta especie de tribunales para que procesasen y castigasen severamente á todo el que quedase convencido de pertenecer á la secta, de cualquier estado y condicion que fuese.

Todas estas sábias disposiciones manifestaban el celo y la vigilancia del Príncipe en asegurar la tranquilidad de sus súbditos y en preservar su religion de los ataques y asechanzas de sus enemigos; mas no bastaba aun esto. Era necesario, segun el estado de fermentacion en que se habia observado al pueblo, manifestar claramente á toda la nacion la voluntad y disposiciones del Soberano; y esto es lo que hizo D. Carlos en el sábio á par que riguroso decreto en que proscribió y mandó esterminar de sus estados á toda asociacion secreta, cualquiera que fuese su denominacion ó pretesto, declarando á los que se encontrasen pertenecer á ellas reos de lesa Magestad y perturbadores de la tranquilidad del estado. Mas á pesar de tantas proscripciones y de algunos castigos que las siguieron, léjos de quedar esterminada en Europa la secta, fue progresando mas y mas de cada dia, especialmente en Francia.

62. La causa principal de los progresos de la secta en este reino, fueron los que hacia continuamente en él la incredulidad, en cuyas banderas corrian á alistarse sujetos de toda clase y condicion. Entre éstos se distinguió particularmente el abate Juan Martin de Prades, que se habia ligado, segun parece, con los enciclopedistas. Nacido éste en la diócesi de Montalban, y concluidos sus primeros estudios en aquella provincia, se trasladó á París y entró en el seminario de San Sulpicio. A pesar de sus cortos adelantamientos en la teología, quiso distinguirse entre sus iguales y adquirir la reputacion que no habia logrado durante el curso de sus estudios. No contento con el grado de bachiller que habia adquirido